

La traducción de la belleza

En 1998 el escritor Pablo De Santis publicó la novela *La traducción*. En ese entonces, el crítico Christian Kupchick publicó en el diario *Clarín* el comentario del libro, en el que se focaliza la labor del traductor, solo y en silencio, en medio de una trama delirante.

Por **Christian Kupchick**

Posiblemente no exista otro trabajo en el mundo capaz de igualar las condiciones a las que está sometido el traductor. Su oficio, se sabe, es llevar a los demás aquellas palabras que les están negadas, hijas de una lengua extraña, inaccesible, definitivamente lejana.

Los traductores suelen trabajar solos, en sus casas y, lo que resulta aún más curioso, en silencio. Con frecuencia se ven obligados a luchar contra leyes arbitrarias, que no admiten equivalentes en el mundo de sus idiomas maternos, tratando de interpretar del modo más fiel posible, pero con la libertad natural de sus instintos creativos. Después, cuando la obra se abra a los sentidos del público, nadie o tan solo unos pocos se acordarán de agradecer al traductor sus servicios. Lo dicho: estos orfebres de la palabra parecen condenados a una proyección de silencios.

La caída de un faro de cerámica que actúa como pisapapeles sirve de introducción a una historia tan fascinante como extraña: la que describe la novela *La traducción*, de Pablo De Santis. El protagonista, Miguel De Blast, a partir de ese hecho nimio, recuerda los episodios de cuyo último testimonio material era ese faro, con la inscripción «Recuerdo de Puerto Esfinge». Como bien dice el personaje, los objetos llamados al recuerdo por lo general terminan por cumplir la misión inversa, prolongando el olvido.

En todo caso, Puerto Esfinge es una desolada población que se imagina en el Sur (hay viento, mar, gaviotas), donde

se celebró un congreso de traductores al que el protagonista fue invitado por un antiguo amigo, Julio Kuhn. En pocas pinceladas, De Santis ofrece una idea clara de la vida del traductor. Vive con Elena, su mujer desde hace cinco años, encerrado en un mundo de monosílabos y una felicidad algo gastada, de pocos gestos y ritos, en tensión con textos de un grupo de científicos desconocidos («los neurólogos del círculo de Kabliz»). Carece de lo que se conoce como vida social, e incluso el contacto con sus colegas es más bien ocasional y, con frecuencia, más epistolar que real.

Con la misma precisión, se describe Puerto Esfinge: «Los viajes son una versión abstracta del paisaje; pero en aquel viaje las cosas ocurrían al revés, y el paisaje era una versión abstracta del mapa». En un hotel de proporciones desmesuradas para la magnitud del pueblo, se reunirá esta secta extraña, donde está Valner, traductor de textos esotéricos e interesado por los fenómenos del más allá, y también Ana Despina, con quien Miguel estuvo ligado sentimentalmente hace más de quince años. En el momento en que se enfrentan, ambos deben luchar con las urgencias del pasado y las torpezas impuestas por su saber: «Juntábamos palabras con una incomodidad creciente. Tenía muchas cosas para decirle y no dije ninguna».

Este es uno de los puntos nucleares de la novela: la dificultad de «traducir» sensaciones no es un producto exclu-

sivo de los que trabajan entre dos lenguas, pero, puesta de manifiesto en ellos, adquiere una dimensión mucho más significativa. Esta intensidad entre lo dicho y lo no dicho, lo que se dice y la forma en que se recibe, sitúa a *La traducción* en una línea donde lo paradójico sorprende por su eficacia argumentativa.

Pero sería un error reducir la obra a una novela «de ideas». En un momento determinado, un joven periodista del lugar que está cubriendo el congreso descubre en el fondo de la pileta del hotel el cadáver de Valner. No será el único. A partir de allí, la trama se interna en un laberinto extraño, en el que sobrevuela el espíritu de un *thriller* demente.

Pablo De Santis (que lleva editada una decena de libros, fue guionista de historietas y programas de televisión, y dirige dos colecciones destinadas a lectores adolescentes) construyó en esta novela un mundo que sobrepasa los límites genéricos, que entretiene e invita a una reflexión constante, que seduce con su prosa perfectamente aceitada y esos personajes que parecen extraviados de algún filme de los hermanos Coen. En suma, *La traducción* condensa con la mayor ventura la prosa, el ensayo y la poesía. Todas las lenguas del alma.

La traducción, de Pablo De Santis. Editorial Planeta, Buenos Aires, 1998.

Publicado en 1998, en el suplemento «Cultura y Nación» del diario *Clarín*.